

Varia

Un recuerdo personal de Jaime Jaramillo Uribe

EL PRIMER conocimiento que tuve de Jaime Jaramillo Uribe (Abejorral, 1917-Bogotá, 2015) se remonta a 1977-1978, cuando cursé Historia de Colombia I-II que dictaba la inolvidable profesora Margarita González (1942-2008), una de las más aventajadas y queridas alumnas de Jaramillo en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional. Dos artículos en particular fueron los que me impactaron de manera profunda: “Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII”, en palabras de Jorge Orlando Melo, el más agudo de sus ensayos pues con él rompió con la concepción tradicional de las relaciones entre amos y esclavos. “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, pues en ese ensayo muestra como este es un país esencialmente mestizo, pero su sociedad, en especial la élite, ha posado y posa de exagerados purismos, convencionalismos, así como de absurdos mitos y ritos. Creo no equivocarme al afirmar que la mayoría de la moderna producción historiográfica colombiana sobre la conquista y la colonia ha sido inspirada en la lectura de este ensayo, pues, entre otras, cuestionó la categoría de clase, e involucró otras como raza y mestizaje.

Ambos ensayos son, además de novedosos, pequeñas obras maestras de como la historia y demás ciencias sociales mantienen una estrecha y permanente relación interdisciplinaria, y afortunados intentos por visualizar a los grupos marginados de la sociedad, así como de entender los sistemas de segregación social. En ellos, como en “La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores”, y “La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económica y social de la esclavitud en el siglo XIX”, publicados los cuatro en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, entre 1963 y 1966, y compilados luego, en 1968, por la Dirección Cultural de la Universidad Nacional en el volumen *Ensayos sobre historia social colombiana*, que inauguraron la historia social y cultural en el país, y en los que logró plasmar la impronta que le dio a la historiografía colombiana: la necesidad de apoyarse en un método; el rigor en el uso de las fuentes primarias, de archivo; el conocimiento de otras disciplinas como fundamento del pensamiento crítico.

Posteriormente, en 1989, la Universidad de los Andes adelantó la edición de dos tomos de *Ensayos de historia social*, el primero, *La sociedad neogranadina*, retomó la edición hecha por la Nacional. El segundo, *Temas ame-*

ricanos y otros ensayos, contiene tres partes: Temas de historia de Colombia (siete ensayos), Temas de historia Latinoamericana (cinco ensayos), y Sobre la historia y los historiadores (cinco ensayos), es una recopilación de ensayos escritos, unos publicados, otros leídos en reuniones académicas, entre 1976 y 1987. El segundo tomo no tiene la misma calidad del primero, la mayoría son artículos basados en bibliografía secundaria, pero mantienen una característica: siempre tienen reflexiones analíticas inteligentes y provocadoras. En particular, pienso que el ensayo “Ideas para una caracterización socio-cultural de las regiones colombianas” (1986) es el más afortunado, muestra un magistral manejo de la bibliografía escrita sobre la temática regional, retoma la literatura más novedosa, en la época, producida por investigadores colombianos y extranjeros.

Jaramillo fue uno de los más importantes ensayistas colombianos del siglo XX, prueba de ello es que en la recopilación-selección hecha en 1976 por Jorge Eliécer Ruiz y Juan Gustavo Cobo Borda para la Biblioteca Básica Colombiana, tomo diez (Colcultura), comparte tribuna con ensayistas como Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea, Alberto Lleras Camargo, Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón, Alfonso López Michelsen, Pedro Gómez Valderrama, Álvaro Mutis y Hernando Valencia Goelkel, con su ensayo “Etapas de la filosofía en la historia intelectual de Colombia”. Valga decir que el ensayo en Colombia y Latinoamérica es uno de los géneros literarios más cultivados desde el siglo XVIII, propio de revistas, constituye, de alguna manera, una aventura intelectual, lleno de escepticismo y de crítica, cargado de madurez, cierta diletancia, humor, padecimiento, pero, sobre todo, de creatividad.

Entre 1955 y 1962, en torno a la revista *Mito* se agrupó un significativo número de ensayistas, unos ya consagrados, otros en proceso, que desde la crítica literaria, la filosofía, el cine, el teatro y la pintura, entre otros tópicos de la cultura, la literatura, el pensamiento y la vida política, intentaron un acercamiento a las renovadoras y vanguardistas tendencias europeas de la posguerra. Curiosamente, Jaramillo no formó parte de ellos, no publicó allí, aunque sí lo hizo en *Eco*, una revista cercana a *Mito*, y mantuvo estrecha relación con algunos de los colaboradores de *Mito*; sin embargo, como veremos, adelantó una importante labor renovadora en la Universidad Nacional, en donde, por la misma época, desde 1959, se gestó la gran renovación de las ciencias sociales y humanas colombianas.

Dos libros más contienen sus ensayos y artículos: *Entre la historia y la filosofía* (1968), con un total de cinco ensayos, orientados a reflexionar sobre la conciencia moderna; *La personalidad histórica y otros ensayos* (1977), publicado en el tomo veintiocho de la mencionada Biblioteca Básica, que contiene trece ensayos escritos entre 1957 y 1977, tres de ellos ya publicados en la compilación de 1968 giran en torno a la historia intelectual y de las ideas, la filosofía, la historia social y cultural. Cuatro de ellos: “Etapas de la filosofía en la historia de Colombia” (1960), “Tres etapas de la historia intelectual de Colombia” (1968), “Algunos aspectos

de la personalidad histórica de Colombia” (1969), y “Esquema histórico de la universidad colombiana” (1977), muestran su amplia capacidad de síntesis y de conocimiento de la historia cultural e intelectual del país. Las compilaciones fueron hechas por el mismo Jaramillo y son un tanto desequilibradas; en palabras de Gonzalo Cataño, desafortunadas, pues él no fue el mejor editor de su propia obra. Dos ensayos de la compilación de 1977 escritos ese año son particularmente importantes: “La influencia de los románticos franceses y de la revolución de 1848 en el pensamiento político colombiano del siglo XIX” y “Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848”, pues introdujeron la reflexión y la investigación de un momento crucial de la historia colombiana del siglo XIX.

En 1994, Cataño adelantó una nueva compilación, para la Universidad de los Andes, de los ensayos del profesor Jaramillo: *De la sociología a la historia*, que contiene treinta y dos escritos realizados entre 1945 y 1993, y dan cuenta de su trayectoria intelectual, sus intereses y el reconocimiento por ciertos de sus colegas. Dos apéndices completan el volumen, el primero es el texto de una importante entrevista concedida a Frank Safford, para la *Hispanic American Historical Review* (vol. 64, núm. 1, 1984); el segundo es una completa bibliografía de Jaramillo. Es un magnífico trabajo que permite visualizar, en perspectiva, la vida y obra del gran pionero.

La primera vez que tuve contacto personal con Jaramillo fue en junio de 1980, cuando, como parte de la finalización del Seminario de Etnohistoria, que dictó Juan Friede, fue invitado, por el Instituto Colombiano de Antropología, a dictar una conferencia cuya base fue el citado artículo “La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores”.

Jaramillo mantenía una estrecha vinculación con el ICAN pues había sido testigo presencial, como alumno de la Escuela Normal Superior, de la Facultad de Ciencias Sociales, de la llegada de Paul Rivet a Colombia, y con él la fundación del Instituto Etnológico Nacional el 21 de junio de 1941, antecedente inmediato del ICAN, ente académico e investigativo al que se vincularon algunos de sus compañeros de facultad: Blanca Ochoa Sierra, Edith Jiménez, Luis Duque Gómez, Graciliano Arcila, Alberto Ceballos, Eliécer Silva, quienes, junto a Alicia Dussán, Gabriel Giraldo Jaramillo y Francisco de Abrisqueta, conformarían la primera generación de etnólogos, egresados en 1942.

Aunque Jaramillo Uribe había recibido y disfrutado cátedras de arqueología y etnología de Justus Wolfram Schottelius, le atrajeron más las cátedras de historia, en especial las de Gerhard Masur, quien lo inclinó a la historia de las ideas, en tanto que de José María Ots Capdequí, aprendió la necesidad de investigar en fuentes primarias, de archivo. Es más, aunque siempre reconoció las calidades intelectuales de Rivet, así como su denodada lucha contra el nazismo, fue crítico del ejercicio profesional e investigativo que promovió el etnólogo francés, pues su concepción de la antropología era la de finales del siglo XIX y principios del siglo XX,

consistente en el estudio de las culturas primitivas, lo cual no tenía nada que ver con las sociedades campesinas ni con las sociedades modernas ni con lo que posteriormente llamaron culturas folk. Impulsó una práctica de la arqueología y la etnología centrada en la museología, y el rescate arqueológico y etnográfico de las sociedades precolombinas.

Jaime Jaramillo contrajo matrimonio, en 1952, con Yolanda Mora, una egresada de la Escuela Normal Superior, con posterior formación en antropología (Instituto Colombiano de Antropología, 1964), quien se interesó por temas de la cultura folk, como la alimentación, la bebida, la vivienda y las artesanías; junto con otros compañeros de estudios en el ICAN, como Nina S. de Friedemann, Álvaro Chaves y Gonzalo Correal, abrieron la posibilidad a nuevos campos de investigación, reflexión y análisis. Tuvieron dos hijos: Lorenzo (1955-1992), quien nació en Alemania, fue un gran pintor, dibujante, ilustrador y escenógrafo, tempranamente muerto, enfermedad y deceso que influyó mucho en restarle salud y vitalidad al profesor Jaramillo, y Rosario (n. 1959), en Bogotá, brillante actriz, experta en voz, vinculada de manera estrecha al Teatro Libre, en donde su hermano realizó sus principales trabajos escenográficos. Don Jaime apoyó, sin reparo, las inclinaciones artísticas de sus hijos.

Don Juan mismo fue quien me presentó al profesor Jaramillo, desde entonces, y por espacio de treinta y cinco años, nos unió una amistad, marcada siempre por mi admiración y respeto por quien fue el gran pionero, junto con Friede, Luis Eduardo Nieto Arteta, Guillermo Hernández Rodríguez y Luis Ospina Vásquez, de lo que en algún momento se llamó la Nueva historia de Colombia, más bien universitaria y profesional.

El profesor Jaramillo, además de sus cursos regulares en la Escuela Normal Superior, incursionó, por su cuenta, en el estudio del marxismo, lo que fue decisivo en su concepción sobre la historia. Recién egresado, fue vinculado a la Escuela, como director de prácticas de geografía e historia en el colegio Nicolás Esguerra, anexo a la Normal Superior, y como catedrático de Sociología, junto al rector de la Escuela, José Francisco Socarrás, el gran gestor e ideólogo de la *revolución* que en materia de pedagogía promovió la Normal Superior, eran considerados como *comunistas*. De hecho, el nombramiento de Jaramillo fue muy criticado por la derecha colombiana, que nunca miró con buenos ojos lo que estaba sucediendo en la Escuela. Además de sus labores administrativas y docentes, de estudiar marxismo, quizá de cierta militancia política, entró a estudiar derecho en la Universidad Externado de Colombia.

Aunque ya había incursionado en la lectura de Max Weber, la etapa marxista de Jaramillo se alargó hasta 1946. En ese año obtuvo una beca junto a Socarrás, quien había renunciado, luego de ocho años, a la dirección de la Normal, para especializarse en Francia. Socarrás se especializó en Psicoanálisis, Jaramillo en Historia y Sociología en la Universidad de la Sorbona, en el Instituto de Ciencias Políticas y en el Centre National de la Recherche Scientifique. La beca permitió que

Jaramillo y Socarrás permanecieran en Francia desde principios de 1946 hasta inicios de la primavera de 1948. Jaramillo tuvo acceso a la Escuela de Los Annales, y otras novedosas escuelas historiográficas y sociológicas, así como a otras tendencias del pensamiento, de la mano de Jean Wahl, Gaston Bachelard, Georges Gurvitch, Edmond Vermeil, entre otros. Desde esa época, evitó el dogmatismo conceptual y el reduccionismo teórico, así como la actitud devota y una aplicación mecánica de los postulados marxistas al análisis social, es decir, el simplismo a la hora de explicar los fenómenos de la sociedad.

Fue en París donde definitivamente optó por la historia, pues consideró que esta era la ciencia de la síntesis por excelencia, y la que podía brindar un mayor conocimiento de la realidad social. Aprovechó para conocer España, Holanda, Bélgica e Italia, recorrer algunos de los museos más importantes, visitar librerías y disfrutar de la siempre activa vida cultural e intelectual francesa, acompañado del buen vino y de la infaltable pipa.

Como fue una constante en su larga vida, se atiborró de lectura, no solo de los cursos regulares, sino de historia, sociología, literatura y poesía. La pasión por los libros y la lectura la tuvo hasta sus últimos días; llegó a tener una biblioteca de 12.000 volúmenes, que en 1994 vendió a la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín; leyó hasta cuando pudo, cuando no le fue posible hacerlo, solicitaba que le leyeran y cuando le fallaron sus sentidos, con frecuencia acariciaba, con amor, sus más queridos libros. Durante 1980 y 1984 fue director del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina (CERLAL), desde donde adelantó una importante gestión en pro de la lectura y el fomento del libro en Latinoamérica.

Regresó a Colombia quince días antes del 9 de abril de 1948; se encontró con la novedad de que su cargo en la Escuela Normal Superior, regentada por el poeta conservador Rafael Maya, había sido suprimido. En realidad, a partir de 1946, bajo el gobierno de Mariano Ospina Pérez, se inició una permanente persecución contra los egresados de Ciencias Sociales de la Escuela, y en especial contra los miembros del Instituto Etnológico, lo que se incrementó luego del bogotazo, y se agudizó en el mandato de Laureano Gómez, tiempo en el cual prácticamente que el Etnológico fue desmantelado. Para sobrevivir, encontró trabajo en la Revisoría Fiscal de Instituciones Oficiales de Crédito y Fomento, donde fue director de Visitadores, por ello tuvo que recorrer y conocer el país bastante bien, experiencia laboral con la que completó las ideas que sobre la conformación regional de la nación le había infundido su profesor de geografía en la Normal Superior, el geógrafo catalán Pablo Vila. Asimismo, conoció muy de cerca la estructura administrativa y burocrática, lo que le permitió, tiempo después, reflexionar sobre esta.

A finales de 1950 se retiró de la Revisoría Fiscal y se vinculó al periódico *El Liberal*, como subdirector y redactor de la columna “Hoy”, que había regentado por años Hernando Téllez. Para comienzos de 1952 intentó ejercer como abogado litigante, se había recibido como abogado en 1948, en la Universidad Libre, con la tesis

Censo industrial de Colombia, pero pronto se decepcionó; los estudios de derecho y sus experiencias laborales, en la Revisoría Fiscal y como abogado litigante, le permitieron clarificar la organización del Estado. Fue enganchado, por Cayetano Betancur, como profesor de tiempo completo de la Universidad Nacional, en el Instituto de Filosofía y Letras, luego Facultad de Filosofía, donde comenzó a dictar historia moderna, historia de Colombia e historia de la pedagogía.

Antes de viajar a Francia ya había escrito sus primeros ensayos histórico-sociológicos. En efecto, luego de unos primeros artículos periodísticos en Pereira, en 1941 inició una larga trayectoria como reseñador, sesenta y ocho en total, que se prolongó hasta 1990; en 1945 se publicó su primer ensayo. Sus ensayos, junto a artículos e intervenciones académicas suman, hasta 1993, ochenta y dos, en los que transita entre la sociología, la historia, la filosofía, el derecho indiano, la pedagogía, entre otros. Como se dijo, fue en París donde decidió dedicarse al estudio e investigación de la historia de Colombia; allí comenzó a meditar y planear la que sería su *opus magnum*: *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (1964). A su regreso a Colombia inició la investigación, al vincularse a la universidad pudo combinar la docencia y la investigación, en condiciones bastante pesadas, dado el clima político del momento. En el inicio, el libro debía ser publicado en una colección coordinada por Leopoldo Zea sobre la historia de las ideas en América Latina, pero, por agotamiento de fondos en México, ello no fue posible.

La redacción del libro la realizó en Alemania, pues, al igual que Danilo Cruz Vélez, Universidad de Friburgo, y Rafael Carrillo, Universidad de Heidelberg, decidió viajar a ese país; la oportunidad se le presentó cuando, en 1953, por la misma época que Zea lo invitó a escribir el trabajo, el profesor de la Universidad de Hamburgo, Adolf Meyer-Abich, lo invitó a ser profesor visitante, con la categoría de profesor extraordinario, en ese centro docente. Viajó junto con su esposa, a finales de 1953, en comisión de la Universidad Nacional, por dos años. Además de dictar un curso sobre historia latinoamericana, basado en seis novelistas del subcontinente, y luego otro sobre historia económica latinoamericana, y mejorar su alemán, se dedicó a pulir *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*; tuvo ocasión de dictar conferencias sobre las temáticas del libro en las universidades de Bonn, Marburgo, Berlín y Fráncfort. Regresó a Colombia a comienzos de 1957, junto a su esposa Yolanda y su primogénito Lorenzo, y el manuscrito de su libro, que solo se publicó gracias a la Editorial Temis de Jorge Guerrero, quien se arriesgó a editarlo.

Tres libros más investigó, escribió y publicó Jaramillo: *Historia de Pereira* (1963), en coautoría con Juan Friede y Luis Duque Gómez; *Historia de la pedagogía como historia de la cultura* (1970) y *Memorias intelectuales* (2007). Fue director científico de los tres tomos del *Manual de historia de Colombia* (1978-1980), obra que en muchos aspectos transformó la enseñanza y la investigación de la historia en el país, fue muy criticada por la derecha colombiana y en especial por la Academia Colombiana de Historia, pero contó con el decidido res-

paldo y apoyo de Gloria Zea, la directora de Colcultura.

Una vez que retomó sus funciones en la universidad, fue nombrado director de la revista *Ideas y Valores*. En 1958, bajo la rectoría de Mario Laserna Pinzón, fue nombrado Secretario Académico. En 1962, durante la rectoría de José Félix Patiño, se le designó como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, ocasión que aprovechó para crear en el seno de la facultad el Departamento de Historia. Esa erección se logró pues, desde su vinculación a la Universidad Nacional, y especialmente después de su regreso de Alemania, se había trazado la meta de fortalecer los estudios históricos en la universidad, crear una revista, hacer investigaciones y orientar los estudios hacia la historia de Colombia, para lo cual presentó en 1961, ante el consejo de la Facultad, un proyecto para que en el seno de la misma se creara el Instituto de Investigaciones Históricas Restrepo Groot, propuesta que no fue aprobada por una comisión académica nombrada para tal efecto, pero le dio cierta licencia para iniciar, con el concurso de los profesores de tiempo completo, investigaciones históricas.

Intentó que la Academia Colombiana de Historia acogiera el proyecto, en su carácter de miembro correspondiente, pero también fue rechazado. Jaime Jaramillo siempre mantuvo una posición crítica ante ese ente y, sobre todo, de sus acartonados miembros, pues, en términos generales, practicaban una historia anecdótica y accidental, marcada por lo heroico, sin considerar la influencia de los factores socioeconómicos de cada época, nunca comulgó con el ritualismo de la Academia, por lo que poco asistió a sus reuniones y actos; hasta donde conocemos, su pluma no colaboró en el *Boletín de Historia y Antigüedades*.

Decidió fundar el Departamento de Historia, para lo cual aprovechó que entre 1961 y 1962 entró una generación de aspirantes a filósofos, que por las cátedras de historia moderna e historia de Colombia que regentaba Jaramillo Uribe, se inclinaron por los estudios históricos: Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Margarita González, Hermes Tovar Pinzón, Germán Rubiano, Carmen Ortega Ricaurte, Víctor Álvarez, Jorge Palacios Preciado, entre otros. Ellos, como se ha dicho, constituyeron la primera generación de historiadores profesionales del país: adelantaron estudios de maestría y doctorado en el extranjero, escribieron obras fundamentales para la historiografía colombiana, no muchas en algunos casos, pues la administración académica y otros menesteres los ocuparon, regentaron cátedras de historia de Colombia, fundaron departamentos de historia en otras ciudades, en fin, se convirtieron en multiplicadores de lo iniciado por su maestro. A ellos hay que sumar a Álvaro Tirado Mejía, quien fue alumno indirecto, por correspondencia, de Jaramillo, pues sus amigos Jorge Orlando Melo y Germán Colmenares le enviaban a Medellín los programas del profesor, para que él, por su cuenta, adelantara las respectivas lecturas.

Ese primer esfuerzo de Jaramillo por la creación de un departamento universitario de historia se ve hoy reflejado en dieciséis departamentos de historia en todo el país, entre ocho y diez maestrías, cinco programas de

doctorado, con revistas indexadas, de reconocimiento internacional, la realización de diecisiete congresos colombianos de historia, infinidad de seminarios, coloquios, etc., una impresionante y variada producción historiográfica, que hacen de la historia la disciplina social de mayor fuerza en el país.

Los alumnos mencionados, luego de egresar, continuaron manteniendo estrecha amistad con su profesor, y acompañándolo en algunos de sus posteriores proyectos intelectuales. Colmenares, por ejemplo, siempre le consultó sus novedosas investigaciones, así como sus decisiones profesionales. Melo fue su secretario de redacción en los primeros años del *Anuario...* y siempre mantuvo con él una estrecha amistad. Algo parecido sucedió con Tovar, Palacios y demás discípulos, concibieron y adelantaron con él proyectos conjuntos, fueron ellos sus principales colaboradores en el *Manual de historia de Colombia*, junto a Palacios Preciado fue pieza fundamental para cristalizar el Archivo General de la Nación.

Jaramillo siempre fue amigo de la buena tertulia, desde la época de su llegada a Bogotá, en 1936, había tenido contacto con el mundillo intelectual, lo que se incrementó con los tiempos de la Normal Superior, y su permanencia en Europa, y continuó durante toda su vida. Con alguna frecuencia yo lo visitaba en su oficina de la Universidad de los Andes, a la que se vinculó en 1970, luego de pensionarse en la Nacional, como decano de la Facultad de Filosofía y Letras; normalmente almorzábamos en el restaurante de la Universidad, Villa Paulina, o con más continuidad en el Club Suizo de la 18, *almorzadero* que cambió cuando el establecimiento cerró sus puertas y se trasladó al restaurante de la logia masónica, en la misma calle 18 con carrera 5.^a. En el Suizo y en la logia se armaban unas animadas tertulias, en las que participaban Jorge Child, Ramón Pérez Mantilla, Gonzalo Cataño, y otros más; en ellas se hablaba de lo divino y lo humano, muy pocas veces he oído lenguas tan afiladas como la de esos contertulios. También, los domingos, adelantaba esas reuniones en el café Oma de la quince, a donde llegaban otros contertulios como Jesús Antonio Bejarano. Con Child militaron, entre 1960 y 1968, en el M. R. L. de Alfonso López Michelsen, y colaboraron en el periódico *La Calle*; cuando López fue presidente de la república (1974-1978), en 1977 ambos fueron nombrados embajadores: Jaramillo en la República Federal Alemana, y Child en Rumania.

Siempre me citaba en su oficina de la Universidad de los Andes, ubicada en el quinto piso del edificio central; allí mantenía una buena provisión de picadura y varias pipas, una máquina de escribir, libros, afiches de algunas de las universidades donde había sido profesor invitado: Vanderbilt, Oxford. Me preguntaba sobre mis investigaciones y casi tenía que presentarle un examen oral, me daba recomendaciones, me sugería autores, etc.

Cierto día de 1995 llamó a mi casa y me solicitó que fuéramos a almorzar, que necesitaba pedirme un favor; lo hicimos en la logia y allí llegó doña Yolanda. El favor consistió en que lo reemplazara durante un mes en su cátedra de historia económica de Colombia, pues pensaba

viajar a Rusia con Yolanda y Rosario. Mi sorpresa fue grande, pero acepté el reto; nos trasladamos luego a su oficina y allí me entregó el programa académico que debía seguir. Se cumplió el mes del reemplazo, él fue a la clase antes de viajar y volvió a la siguiente después de retornar al país; cuando nos reunimos de nuevo en su oficina me agradeció, me giró un cheque y me comentó que la universidad iba a abrir un concurso público para elegir a su reemplazo, pues él se retiraba del ejercicio docente; me sugirió que presentara mi hoja de vida con los sustentos respectivos para que concursara.

Yo seguí su consejo. Por esos días nació mi hijo y mi madre enfermó de manera grave. Tres días antes de su muerte me citaron del Departamento de Historia para que hiciera la sustentación, ante el claustro, del programa que presenté para el concurso; el maestro Jaramillo ya me había dicho que llegaron sesenta hojas de vida, seleccionaron quince y llamaron a diez para la sustentación. Me presente a la hora señalada, expuse, respondí preguntas y me retiré para que ellos deliberaran, siempre presionado por la inminente muerte de mi madre. Dos días después del entierro recibí una llamada de Mauricio Nieto, director del departamento, para informarme que había ganado el concurso, que nos encontraríamos la semana siguiente para definir los detalles de la contratación. El profesor Jaramillo, con anterioridad, llamó para comunicarme la novedad; por las circunstancias personales que atravesaba yo me encontraba triste, acongojado. Él percibió mi estado de ánimo, me dio la buena noticia, y de forma abierta manifestó que se encontraba satisfecho pues su cargo quedaba en la persona que pensó como su reemplazo. Asistí a la reunión con Nieto y me comunicó que la rectoría, que ejercía el exministro Rudolf Hommes, rechazó mi nombramiento, pues de un modo directo llegó a la rectoría una hoja de vida de una profesora con doctorado, y que ella había sido la elegida.

Al conversar después con don Jaime, él se mostró molesto por lo que había ocurrido; yo no pude sino decirle que no se preocupara, que tranquilo. Seguimos en comunicación y la cuestión del concurso no se volvió a mencionar. Vino luego la muerte de doña Yolanda, en 2005; seguimos hablando, estaba empeñado en la redacción de sus *Memorias*, pero su deterioro avanzaba de manera evidente. La última vez que nos vimos fue en el Congreso Nacional de Historia de Bucaramanga, en 2006, yo casi que había *resucitado* de una complicada enfermedad, en esa ocasión habló muy poco, estuvo en la inauguración acompañado por su yerno y se le vio un tanto distante de todo y de todos.

Jaime Jaramillo Uribe recibió en vida infinidad de homenajes y reconocimientos: En 1974 ganó el premio de la Fundación Centenario del Banco de Colombia en Ciencias Sociales; en 1988, juntó con algunos de sus discípulos y otros historiadores económicos, bajo la edición de José Antonio Ocampo, ganaron el Premio Nacional de Ciencias de la Fundación Alejandro Ángel Escobar, con el libro *Historia económica de Colombia* (1987). En 1991 el gobierno de Colombia le confirió la Cruz de Boyacá; en 1992 la Universidad Nacional le

otorgó el título de doctor *honoris causa* en Filosofía, que también se lo concedió la Universidad de los Andes en 1994. El Archivo General de la Nación, el Ministerio de Cultura, Fonade y el Departamento Nacional de Planeación le entregaron, en 1995, el Premio Nacional a la Vida y Obra de un Historiador. Después de su muerte, el mejor reconocimiento a la vida y obra del gran pionero sería la aprobación del proyecto de ley, recientemente presentado en el Senado de la República por la Asociación Colombiana de Historiadores, para que la enseñanza de la historia en la educación primaria y secundaria sea obligatoria.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular,
Escuela Superior de Administración Pública